



JESÚS BOTERO RESTREPO

ANDÁGUEDA

(1947)

CAFÉ EXASPERACIÓN

(1963)

JESÚS BOTERO RESTREPO

ANDÁGUEDA

(1947)

CAFÉ EXASPERACIÓN

(1963)



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2018

Botero Restrepo, Jesús, 1921-2008

Andágueda y Café exasperación: dos novelas / Jesús Botero Restrepo. -- Medellín:

Editorial EAFIT, 2018

232 p.; 21 cm. -- (Colección Rescates)

ISBN 978-958-720-512-1

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

B748

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

ANDÁGUEDA

Primera edición, 1947, Bogotá

Segunda edición, 1972, Medellín

Tercera edición, 1986, Medellín

CAFÉ EXASPERACIÓN

Primera edición, 1963, Medellín

Segunda edición, 1986, Medellín

COLECCIÓN RESCATES

Primera edición en la colección Rescates

© HEREDEROS JESÚS BOTERO RESTREPO

© HEREDEROS MANUEL MEJÍA VALLEJO

© EDITORIAL EAFIT

CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

EDICIÓN: Marcel René Gutiérrez

DISEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Y.

ISBN: 978-958-720-512-1

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

CONTENIDO

NOTA EDITORIAL	7
----------------------	---

PRÓLOGO	9
---------------	---

ANDÁGUEDA

I. CON LA FUSTA DEL GRITO	17
II. AFANES FRUSTRADOS.....	23
III. ADENTRO. MÁS ADENTRO	29
IV. Y EL ORO NO SE AGOTARÁ.....	35
V. LEYENDAS Y FECHORÍAS	41
VI. SINO DEL NEGRO.....	51
VII. TRAS EL NORTE INESTABLE	59
VIII. EL MÁS SOLO.....	67
IX. PAVESAS AL VIENTO	77
X. EQUIS.....	91
XI. “NADIE EN MI CAMINO”	107
XII. LA LLUVIA TAMBIÉN.....	125

XIII. EL HOMBRE CONTRA EL MURO	143
XIV. CLAXON ENTRE MONTES.....	161
XV. LOS DOS HECHIZOS.....	173

CAFÉ EXASPERACIÓN

I.....	179
I, BIS.....	195
II	211

NOTA EDITORIAL

La edición de estas dos obras de Jesús Botero Restrepo tomó como base la publicación en la Colección Autores Antioqueños de 1986. Volver sobre estas obras tanto tiempo después de que él las escribiera y publicara por primera vez –*Andágueda* en 1947¹ y *Café exasperación* en 1963– requirió una revisión y adecuación de ambos textos con el propósito de que la atención del lector contemporáneo no se perturbara con los cambios que ha tenido la ortografía durante estos años. Hacerlo implicó la actualización del uso de las tildes, del apóstrofo y de las mayúsculas, nada más, pues se encontrará, sobre todo en *Andágueda*, respeto por la voluntad de Jesús Botero Restrepo de reflejar con su escritura los matices de dicción que tienen los personajes según su procedencia étnica y cultural y, además, el uso de algunos adjetivos que si

¹ La Colección Autores Antioqueños señala que fue en 1946, los registros de la biblioteca Luis Ángel Arango indican que es incierta, la Biblioteca Pública Piloto no la informa en su catálogo y un ejemplar de la misma al que se tuvo acceso tampoco lo hace en el pie de imprenta. La fecha que se incluye se tomó del artículo “*Spanish American Books in 1947*”, de John T. Reid, publicado en *The Modern Language Journal*, vol. 32, núm. 4, de abril de 1948, y que tiene como fuente a Germán Arciniegas.

bien no están recogidos en diccionarios sí parecieran corresponder a los giros del habla presentes en el encuentro entre indígenas, negros y colonos antioqueños en las selvas del Chocó en la década del cuarenta del siglo pasado. Valga también aclarar que, aunque se respetó al máximo la edición consultada, en algunos casos, cuando el contexto así lo indicaba, se intervino el texto con la intención de mantener una imagen o una atmósfera que el mismo relato construía y que se empeñaba en derrumbar Titivillus, ese demonio que según los monjes escribanos del Medioevo los asediaba para hacerlos cometer errores y que, aún hoy, pareciera morar en las editoriales.

PRÓLOGO

El barroco, se ha dicho, es un modo de ser de América. Un cierto tipo de adorno que se hace necesario como en el quetzal, como en el papagayo, como en el diostedé; va en cascadas y crepúsculos, en lo desorbitado de nuestros volcanes y en la grandiosidad o bravura de nuestros ríos. La exageración puede ser parte de su personalidad.

Algo ha cambiado, tal vez, pero en los años cuarenta tratábamos de retorcer el ingenio, éramos recitadores: poesía y prosa tenían ante todo que sonar para ser oídas, y los conversadores eran elocuentes y se buscaba un doble juego en la frase y en la postura, con detrimento a veces de una esencia que nunca debe faltar, ni en postura ni en poesía.

Usábamos en ese entonces el estilo exaltado de la juventud, con una remota influencia de Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Ciro Alegría, hasta el Arias Trujillo de *Risaralda*, un poco Mallea y ciertos asomos del existencialismo. Por esos años habían salido *Chambú*, de Guillermo Edmundo Chávez, y *Babel*, de Jaime Ardila Casamitjana, que intentó variar el ritmo de la narrativa colombiana. Se había puesto de moda la novela indigenista, basados especialmente en las obras de Jorge Icaza, con su eficacia y su mal gusto. Entre aquellos ensayos salvaríamos los de Jaime Buitrago y la prosa con tristeza nativa de Armando Solano.

Pero indudablemente la mejor novela sobre el indio fue *Andágueda*, de Jesús Botero Restrepo. El autor había nacido en El Jardín,

seguramente uno de los pueblos más hermosos de Colombia por su geografía, por su arquitectura, por su gente. Mucha parte de la juventud la pasó en Andes, su segundo lugar de nacimiento. Concluido el bachillerato inició estudios de química, abandonados luego un poco a la aventura, y de física y matemáticas pasó a esta cosa tremenda de vivir y ensayar oficios, uno de ellos el de minero y habitante en la selva por los rumbos del Chocó.

A su talento se unía una disciplina de lector, atento a los clásicos antiguos y a lo mejor que en los diversos géneros iba saliendo de las editoriales. Además, en él había algo así como un dominio natural del lenguaje, fogoso y correntino, rico en léxico y significaciones ocultas, apto para nombrar hechos y atmósferas, para definir situaciones dramáticas en diálogos de cortante verticalidad.

Andágueda nació como una experiencia de su vida frente a los hombres y frente al paisaje, igualmente bravo e imponente, complemento de las pasiones humanas y de los animales selváticos, del habla coloquial entre indios y negros, bien manejada para no traicionar seres y ámbitos. Otra manera de enfrentarse al mundo.

Nos criamos en la misma región, y sus indios son mis indios: Manuel Querágama, katío, uno de los protagonistas de *Andágueda*, fue a su modo el Salvador Panchi, mayordomo de mi abuelo, a quien de niño le vi el milagro de la flecha al soplo de su cerbanata, hasta que se fueron debilitando las fuerzas de su raza al acoso del blanco. “Querágama sufriendo era porque su hija mucho picariando estaba”, se decía, con un hermoso uso de los gerundios. Y el despojo, el acorralamiento, la fuga entre la selva a donde también huían sus dioses.

“Hacer que se desplace un espejo a lo largo del camino es, según cita de Stendhal, la misión del novelista –dice Botero Restrepo–. Captar en ese espejo el temblor del mundo y acaso, también, una permanencia o una estancia”.

Y la naturaleza en explosión de tierra y cielo, pero atenta al discurrir de sus personajes. “Centenarios unos, mozuelos otros,

severos todos y abúlicos, parecían soñar. La larga y temblorosa espera del colonizador que había de derribarlos, los tenía hundidos en una calma chicha, cortada de bostezos y desperezos fatigados. Por el hilo telefónico de las enredaderas silvestres venía hasta ellos no solo la noticia de catástrofes vegetales que se iban acercando en ondas concéntricas, sino a veces hasta el propio ruido de las hachas que roían la selva por numerosos sitios como liebres hambreadas y cuchicheantes”.

Allí la violencia que trajo consigo la fiebre del oro –en mineros de socavón, en barequeros de río– y la incontrolada ambición por la tierra donde un tiempo el indio fuera el amo, integrado a ella como otra raíz, como otra corriente, como los animales, como los primitivos dioses igualmente derrumbados.

“Es el río, entonces, como un árbol de muchos brazos que se hubiera caído de bruces sobre la selva. Ahí estaba derribado, nudoso y siempre fértil, brazo a su vez de otro árbol caído más allá, rama casi insignificante del tronco remoto del mar. Mas, cómo lo llama este desde la distancia. Con qué voces de oleajes y mareas, de tifones y borrascas, lo impele apremioso a hacerle donación de su savia”.

“En todo caso –dice– cada novela es una diferente lectura del mundo, un descrifrar las letras que lo componen para condensarlas después en cadenas de significantes y significados”.

Y la otra violencia, la del amor en las grandes soledades, la brutalidad del macho frente a la hembra en celo, el salto brutal de sangre y músculo, el nervio apretujado en los acorralamientos, remedo de la tempestad entre tantas ramazones, de las nubes en pelea, del aguacero inmisericorde de día, de noche. Agua y más agua. Selva y río, llanura y tempestad, hombres desarraigados que luchan por sobrevivir en medios hostiles, errancia de los vivos, almas vagabundas cuando mueren. Voces de blancos que suenan como impactos de bala, palabras indias que saben a eco del eco de un pensamiento escondido.

“Para ‘la estirpe de los hombres de breve destino’ de que hablaba Píndaro –añade Botero Restrepo– escribir es inscribir

en el tiempo una huella que indique que el hombre estuvo aquí, en esta tierra, siquiera por un lapso. También vale por una catarsis, una purificación que se ejerce sobre la escoria original del ser y su menguada condición humana, y en este sentido es un verdadero exorcismo. Lo lúdico viene después: es el juego de las palabras, su extracción de una cantera de sombra, a medida que se avanza en la arquitectura del proyecto. Palabras en función de objetos y pasiones, signos cargados de significado, detonantes en un ámbito de silencio”.

Pasaron años, la violencia había establecido su mandato en todo el país, la conciencia de escritores y artistas sufrió un vuelco. Entonces Botero Restrepo dejó en una novela corta –*Café exasperación*– su testimonio.

“Hace algunos años la violencia dominaba vastos sectores urbanos y rurales. Una preocupación ética presidió la escritura de esa obra que en su brevedad y casi esquematismo desvela algunos rostros protagónicos de aquella gran tragedia nacional”.

Sin embargo, *Café exasperación* no es la simple anécdota interferida por un afán proselitista o una visión acomodaticia de sucesos, personajes y situaciones, pues sobresale el estilo del narrador, no el del panfletario, cosa que dañó tanta literatura durante los años del odio. En sus páginas se advierte la búsqueda de un ángulo de enfoque diferente, otras posibilidades para contar las cosas.

“Aunque sería exagerado atribuir preocupaciones técnicas exclusivamente a la novela del siglo XX, puede sin embargo afirmarse que algunos autores recientes han otorgado un papel primordial a la elaboración formal de la novela: Joyce, Faulkner, son dos nombres mayores a este respecto. En *Café exasperación* hay una preocupación técnica, especialmente en lo que se refiere al tratamiento del tiempo, de la sucesión”.

Aunque en ambas obras se advierte la presencia de un escritor indudable, *Café exasperación* tiene un estilo menos nervioso que *Andágueda*, más eficaz en su ahorro de elementos adjetivadores,

menos elocuente, más directo y lleno de tensión, así en una como en otra persista la unidad que les da alguien conocedor de su oficio.

“Si logré y en qué medida lo que buscaba, es algo sobre lo cual debe dictaminar el lector. En cuanto a forma y contenido de una determinada obra de ficción juzgo que el autor debe llevarlos al paso como a un buen tronco de caballos, sin olvidar que la una sin el otro o este sin aquella no producen sino ruido insoportable, lo que podríamos llamar ‘el sonido y la furia’ en términos shakesperianos, amados por Faulkner”.

Este Botero Restrepo es del suroeste de Antioquia, un país extraño lleno de locura por todas partes menos por una, su cordura. Y su extraviada y buena índole. Paisanos de por allá son Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar, Amílkar Osorio y Darío Lemus, José Restrepo Jaramillo y el Indio Uribe, Nito Restrepo y Belisario Betancur, Jesusita Vallejo y Dolly Mejía, Efe Gómez e Hipólito Cárdenas, Enrique Aguirre López y Carlos E. Mesa, Luis Fernando Peláez y Mario Escobar Velásquez, Jorge Obando y Ladrillo el trovador, Tartarín Moreira y Rafael Uribe Uribe, Roxana Mejía y Teresita Quintero, Arenas Betancur y Salvo Ruiz y unas puticas que nos dieron de querer cuando lo necesitábamos. Culebreros, tahúres, artistas, escritores, asesinos, santos. ¿De dónde, pues, Jesús Aníbal Gómez y la Madre Laura? Satán nos llama con el pecado atractivo, la Virgen nos protege con su manto misericordioso...

Bueno: ante las cualidades de este escritor, uno se pregunta por qué no ha vuelto a escribir. Desde hace muchos años guarda una novela que no ha publicado por inercia, por desafecto, por pereza habitual. Alguna pequeña muestra que le conocemos, escrita últimamente, revela madurez de estilo, porque el estilo madura como el hombre. Desde ahora permaneceremos en una cordial expectativa.

Manuel Mejía Vallejo

ANDÁGUEDA



I

CON LA FUSTA DEL GRITO

—Acho..., ulaaaaa... —resuena latigüeante la voz arriera en el quieto ámbito del monte, mientras las mulas repican con intermitencia las indolentes maracas de sus cascos herrados sobre los guijarros de la senda.

El grito restalla sin cesar en la cerrazón vegetal de la altura, ondula atrás en las vueltas ya transitadas, se quiebra y desfallece sobre el lomo dolorido de las bestias que avanzan a paso tardo por entre fangales profundos o playones interminables, y corta con su estrépito la placidez del concierto vespertino de los pájaros montaraces que, asustados al paso de la recua, se escapan de las copas de cedros y barcinos en encontradas y raudas saetas multicolores.

—Acho..., ulaaaaaaa...

La trocha que se ensanchó en camino traza por entre la cuajada manigua su rumbo vacilante, y de delgada incisión gredosa que era se halla transformada ahora en túnel amplio, abierto apenas a grandes trechos al claro abismo inverso del cielo. Mas aún conserva su trabajoso zigzaguo y ha de refrenar a menudo su gula de espacios y su ciega decisión rectilínea, ya en jadeantes contorsiones por empinadas lomas, ya en bruscas caídas por taludes casi a plomo, que mimetizan sus peligros con la rígida tela verdinegra que cierra la perspectiva inmediata y decapita a pocos pasos la cobriza línea serpeante.

Tanto hacia arriba como hacia atrás, por la compacta y renovada muralla verde de enfrente lo mismo que por los costados que orla una sólida barrera de vegetación, tácitamente el horizonte se encuentra al alcance de la mano. Horizonte en el que fue abolida la rotundidad de los volúmenes y las dimensiones; laberinto sombrío del que se escabulleron las formas y perfiles definidos, la escueta individualidad de las líneas sin trabazones ni contactos; jungla invasora y maraña intrincada en la que no logra seguirse la exacta trayectoria de una liana, la veraz estructura de los helechos prodigiosamente feraces o las ramazones que prolongan la crispada agonía de un tronco que creció casi en equilibrio en la rampa vertiginosa de un pavoroso precipicio.

Y el grito arriero, como una aguda clarinada, va aguijoneando a los lentos animales que a paso cansino se bambolean bajo el peso de sus cargas:

—Ulaa..., quiubooo...

Cuando no es una palabrota sonora o un largo silbo puntiagudo el que va rebotando en la malla de las nieblas cercanas, hasta quedar por fin en flotación cristalina en el viento con la pertinacia musical de su eco.

El paisaje solo varía a medias cuando se sigue la curva orilla de un río, pues es probable entonces el ver a una *caravana* fugitiva sesgar de gris y negro veloces el albo telar celeste con la lanzadera de su vuelo, o a una garza nívea —la ese del cuello desplegada en límpida flecha de punta de oro— hender sosegadamente el calmo aire fluvial, como sorbiéndole blancura para alimentar la ágil y errátil de su plumaje de seda.

—Ula, ula...

Y así leguas y leguas, tierra y más tierra que va devorando el pie recio y contráctil, prieto haz de músculos de donde cuelgan desgarradas, en escamosos amasijos de barro, las cotizas caminantes que apenas recién estrenadas pudieron ostentar firme su suela de cuero crudo, y satinado y tenso el dril verdeoscuro que las ciñe.

Sin embargo, a Honorio Ruiz no lo fatiga como antes el largo viaje, ni lo desespera ese listón húmedo que se adentra, ante sí, en la selva.

Al principio no fue lo mismo, y la vida de entonces era ruda y terrible. Hace dos años nada más, cuando entrara al servicio de la mina El Torrente con la obligación de transportar semanalmente las provisiones para la empresa, desde la playa del Baboso hasta la lejana orilla del Andágueda donde se hallaba enclavada, tras los días de viaje de un punto a otro quedaba quebrantado, exánime, como si le hubiesen robado íntegramente el escarlata saltarín y tibio de su sangre, sumido en un sopor profundo y subterráneo en el que la imaginación al rojo tornaba a desenrollar en toda su tortuosa longitud la cinta obstinada de lodo y arena que taladraba con ocres equilibristas la selva.

Tumbado sobre su duro jergón de la mina o yacente en el suelo pelado de los otros campamentos donde había de pasar las desoladas noches de su oficio, parecía una esponja que se hubiese pasado por un trapiche repetidas veces, hasta dejarla sin gota de jugo, igual que un inerte pellejo de sombra.

Y además, como llegaba casi siempre calado hasta los huesos por chaparrones y granizadas, y el abrigo con que contaba para el reposo nocturno era, a más de breve, áspero y maloliente, era sorprendido con frecuencia por el plomo vanguardista del alba en lucha ineficaz con un sueño que no acababa nunca de ajustar sobre los párpados cansados el suave cerrojo de seda impalpable de sus imágenes, y oyendo el castañetear tormentoso de sus dientes que, en la calma de la noche, el eco le devolvía asordinado, con el timbre inseguro de distante tamborileo.

Entonces sí que sufríase. Todavía el recordarlo le provocaba cierta vaga angustia, algo como una traidora y súbita opresión en el pecho, tal como si sofocasen la marcha vigorosa de hélice de su corazón aventurero con un peso excesivo.

Pero a la vida le placen las mutaciones imprevistas y los juegos de azar. Ella gusta de distribuir entre sus huéspedes en veces

los gozos y con frecuencia las lágrimas, si bien es cierto que las dosis de estas las prescribe siempre con mano más liberal y generosa. Nadie se queda sin embargo lejos de sus variados festines, ya pavoneándose en la alegre danza en que se exprimen las melódicas uvas de las risas cascabeleantes, ya enfilando en el cortejo de la pena que hilvana con buida y tímida cadencia encajes lívidos en la rueca del llanto.

Así que ya todo era distinto. Insensiblemente, la vida había ido transformándose. No en las condiciones exteriores ni en el escenario del andariego destino que aún era el mismo. La diferencia procedía de su propia alma, emergía de lo más hondo de su interior, pudiera ser que de una nueva manera de orientar las pupilas hacia las cosas que lo cercaban, hacia el mundo que se organizaba constantemente a su contorno. Ya su cuerpo, en primer lugar, desconocía el cansancio de las largas jornadas. Pero tal vez fuese la sola costumbre. Quizá se hubiese habituado poco a poco a ese errar seminómade, a ese monótono deambular por el camino invariable. Nadie podría decirlo con exactitud.

Lo cierto es que hasta la lluvia había acabado por entregarle su encanto incógnito, una magia inusitada y condescendiente que se le revelaba sobre todo cuando distraía sus horas muertas de caminata a lo largo de los ríos, ejecutando para él sonatinas transparentes, de dulzura dilatada, sobre el agua inmóvil y espejeante de los remansos, o cuando se desplomaba sobre la mulera desteñida y los robustos hombros, sobre las bestias tardas y sobre la selva toda en una fresca cascada vertical de hielos desmenuzados.

Y en tanto los montes tiritaban, el fuetazo resonante se clavaba a las ancas de las bestias, reiterado e infatigable.

—Ulaaaaa...

Dos años habían pasado, es cierto, desde su arribo a tierras chocoanas. Dos años que no en balde arrastraron día a día sus minutos justos, sin olvidar ni uno solo prendido en la frágil tela de araña de los almanaques, en el dorado arsenal en que esperan las fechas muchos soles futuros.

Honorio Ruiz había hecho fiel camarada de los elementos, entrañable amigo de todas las cosas. Ya ese camino por donde iba, era su propio camino. Él conocía tramo a tramo sus peligros, y uno a uno todos los seres que lo poblaban y transitaban. Los inertes tanto como los movedizos. Los que proyectan una sombra cuyo nacimiento se escapa a la memoria del hombre, en el sitio intransferible de las rocas y de las raíces, y los que son transeúntes de la brisa que pasa, los que van en los ríos y en los vientos o dejando la huella perseguida como fugitiva seña dactiloscópica en el cartón desleído de los lodazales.

Él conocía todo eso. La serpiente que dormita al anémico sol matinal, en uno de los desperdigados manchones amarillos que este riega en el suelo, vuelta una viva espiral de colores. El tambo indio que apenas si destaca su masa cónica entre los árboles y la niebla, y que despide desde el techo delgadas columnas de humo que lo hacen asemejarse a un volcán enano que preparase con cautela una colérica erupción. Él había visto todo esto, y mucho más que sería largo enumerar. Ese era el paisaje suyo, el paisaje que él había adquirido al precio del sudor de centenares de horas de marcha. Y también del peligro que lo acechaba en los recodos y cañadas con sorpresivas tenazas de muerte y con bocas angulares que atan alevemente a los ojos vendas rojas de sueño inmutable.

¿Y qué decir de los encuentros afortunados? ¿No residiría tal vez en ellos el gusto que había acabado por tomarle a su insegura vida tras la recua? Mas, ¿por qué no?

—Ulaa, ulaa, mald...

El grito enhiesto, con el enjuto chasquido de sus sílabas prolongadas, parecía demostrarlo. Tenía tal ansia contenida, resonaba con un afán tan estremecido cuanto violento, justamente como el girar vertiginoso de un látigo, que no tardaba en advertirse que en él concentraba Honorio Ruiz el filo de su impaciencia y el brioso impulso de su alma. O de su carne, para decirlo de una vez.

El grito seco era, al fin y al cabo, una válvula de escape, conciliadora para el torrente de sus ansias, y a fin de que no estallase en imprecaciones o se articulase en suspiros el arduo deseo contenido. Lo mismo habría podido resolverse la reacia esperanza en la dulce tonada peregrina del bambuco que apenas se musita mientras se avanza o se tararea quedamente en el blando reposo crepuscular.

Al genio bravo e insurgente del joven Honorio Ruiz, para su corazón que ya no ignora el amor, y hasta para las estrictas necesidades de la arriería por abruptas regiones, solo sirve cabalmente ese grito que es casi alarido por lo desgarrado y elástico. Y más, cuando tras la apelmazada cortina perforada de enfrente, lejos aún, tal vez no antes de que caiga la noche próxima, la noche voraz que los grillos empiezan ya a aserrar torpe, tercamente, como a un pardo madero con su chirriar agudo y obcecado, allá abajo a la intemperie del atardecer hay otra tierra que espera posesión.

Una tierra en la que se alzan pulidas y sosegadas dos colinas de cobre en las que patina el viento que pasa y que ofrecen la delicia táctil de sus breves cimas y tersos desfiladeros. Allá lejos, donde una *paruma* al desplegarse restituye a la acogedora sombra circundante la núbil e incipiente que guarece.

Entonces, ¿por qué el grito no ha de ser lanzado como una flecha intrépida y nítida que ponce y traspase los aires?

—Quiubo, pues...

La fusta restalla sin cesar, tozuda y límpida, salvando distancias.